ADAM BLADE

AQUA FIERAS

¡CROMOS COLECCIONABLES DE REGALO!

SILDA

LA ANGUILA ELÉCTRICA

DESTINO

SILDA,
LA ANGUILA ELÉCTRICA

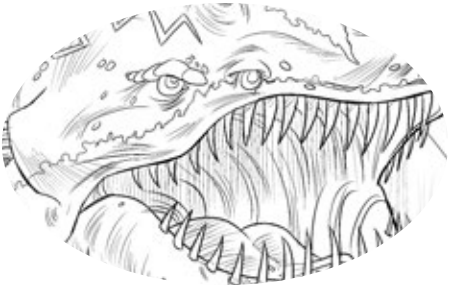
ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

DESTINO

Un agradecimiento especial a Michael Ford

Para Lucas Allan



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

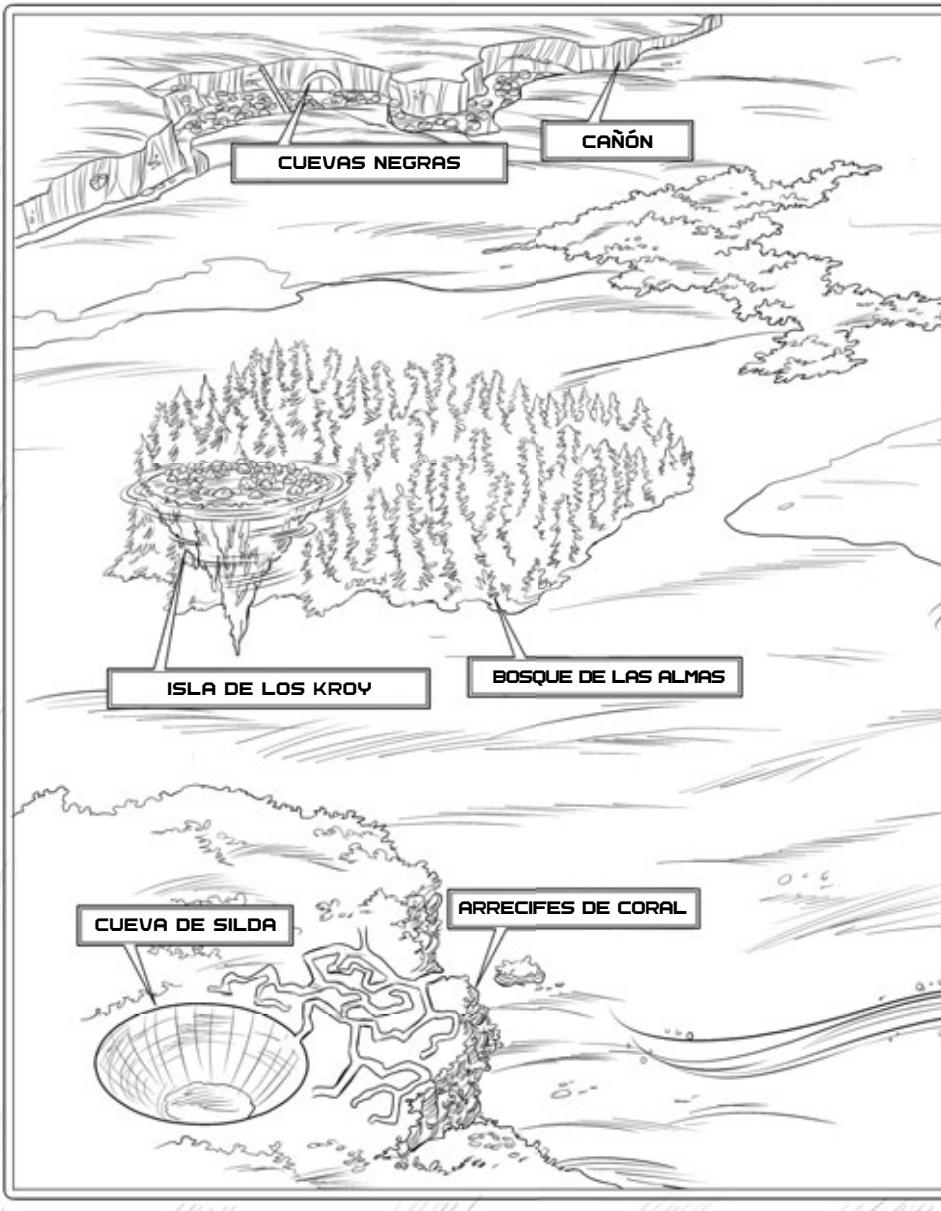
Título original: *Silda. The electric eel.*
© del texto: Beast Quest Limited 2013
© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2013
© de la traducción: Teresa Muñoz, 2018

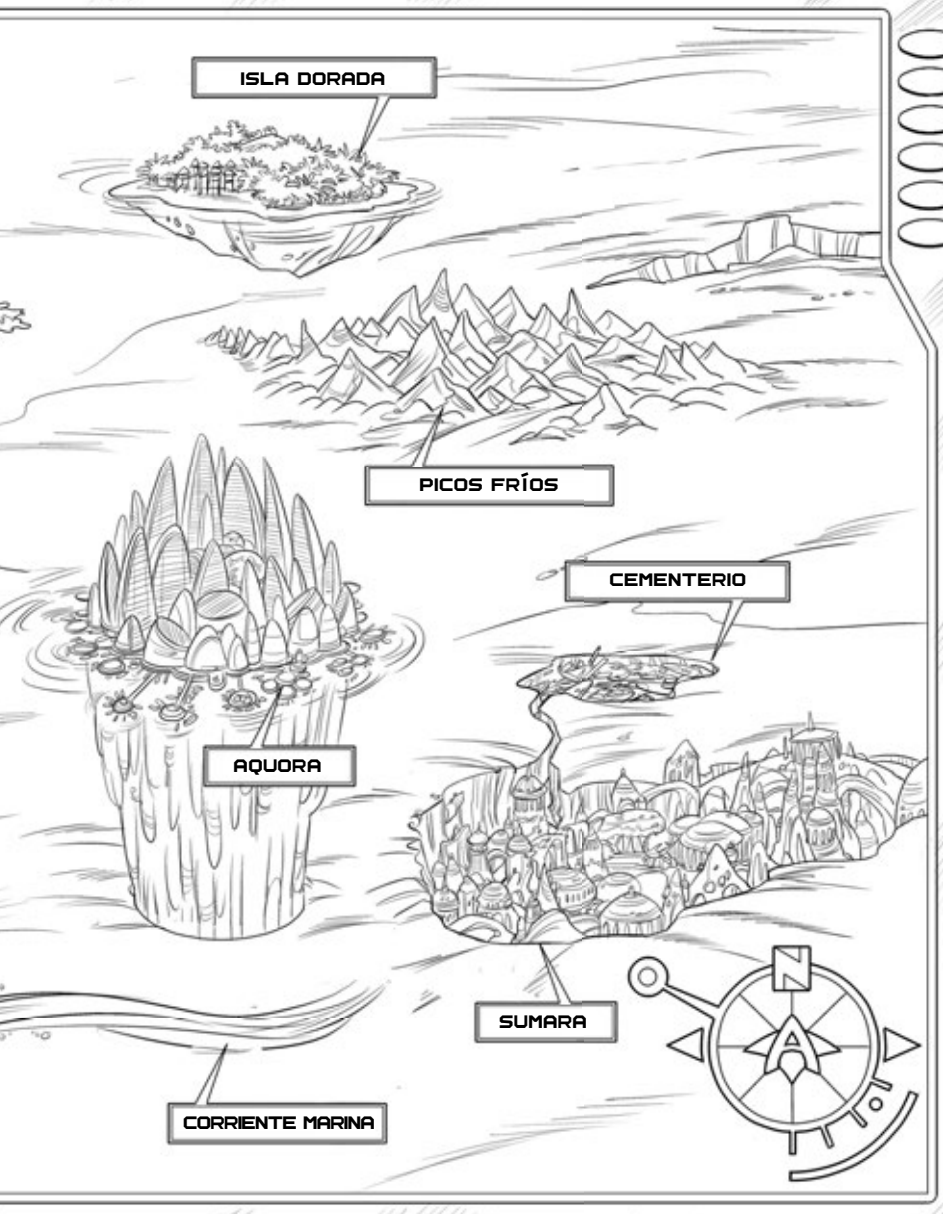
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2018
ISBN: 978-84-08-19243-5
Depósito legal: B.13.886-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

>OCÉANOS DE NEMOS: CUADRANTE DELTA




ISLA DORADA
PICOS FRÍOS
CEMENTERIO
AQUORA
SUMARA
CORRIENTE MARINA
N

DIEZ AÑOS ANTES…

>*DELFÍN SALTARÍN*, ENTRADA A NIVEL DE PROFUNDIDAD 176,43

REGISTRADA POR: Niobe North
MISIÓN: Encontrar la legendaria ciudad de Sumara
LOCALIZACIÓN: A 1.603 brazas de profundidad
Coordenadas desconocidas

No tenemos mucho tiempo. Esta podría ser la última grabación que hago. Estamos atrapados en el fondo del océano y los dos motores han fallado.

El *Delfín Saltarín* está rodeado de lombrices marinas. Centenares de ellas. Nos están atacando. Están arañando el casco de la nave. Es solo cuestión de tiempo que lo traspasen. Si Dedrick no es capaz de arrancar de nuevo los motores, esto es el final.

Si alguien encuentra esta grabación algún día…, si alguna vez llega a vuestras manos, Callum y Max, quiero que sepáis que os quiero y…

>FIN DEL REGISTRO DE LA ENTRADA

CAPÍTULO UNO

LAS NORMAS DEL MAR

Lia avanzaba montada en su mascota, el pez espada *Spike*, dejando un rastro de burbujas a su paso. El pez espada hizo un giro de 360 grados para presumir. Max aceleró el motor de su moto acuática con un giro de la muñeca y se oyó un rugido.

—¡Sigue así, *Riv*! —gritó.

Su perrobot estaba olisqueando un banco de peces. Agitó la cola metálica al oír la voz de Max.

—¡Cangrejos, Max, cangrejos! —ladró.

—Ahora no —dijo Max.

Rivet estiró la cabeza y los propulsores de sus patas zumbaron al desplazarse para acercarse a ellos.

Rivet no era de lo último en tecnología en lo que se refiere a pescar droides, pero las modificaciones que Max le había incorporado lo habían convertido en uno de los más rápidos.

Lia inclinó el morro de *Spike* y el pez espada se hundió en el agua hacia el fondo marino, dirigiéndose hacia unas rocas cubiertas de percebes.

«Cualquier cosa que puedas hacer... —pensó Max, inclinando su cuerpo hacia delante para seguirla. Siempre había soñado con tener una moto acuática, y esta era una Relámpago X4. ¡Una de las mejores!— … yo también puedo.»

Spike golpeó con la cola el fondo marino y se levantó una nube de arena. Max impulsó el manillar hacia arriba para pasar por encima mientras frenaba con suavidad, y luego miró

hacia atrás para echar un último vistazo a Sumara.

«Pues no, definitivamente no estoy soñando —pensó—. Este lugar es real.» Las grandes columnas de coral de la ciudad de los merryn se alzaban en el agua, formando torres y edificios. Entre ellos había caminos de rocas, y banderas coloridas de algas ondeaban con las corrientes. Plantas luminiscentes alumbraban las calles del fondo del mar como si fueran antorchas. Max sacudió la cabeza ante tanta maravilla. No podía pensar en otra cosa que no fuera el rascacielos de metal donde vivía. Hasta ayer, la ciudad de la isla de Aquora había sido su hogar.

Muchas cosas habían cambiado en un solo día.

Max había pasado toda su vida sobre el agua. Su padre odiaba el mar, incluso lo temía, desde que su esposa, la madre de Max, había desapa-

recido con su hermano mientras lo exploraban. Su padre le había contado que antes de que su madre partiera, la gente se había reído de ella. Decían que era una estupidez ir a buscar a los merryn, el pueblo legendario que vivía bajo el mar. Pero ella tenía razón desde el principio. Max lo había descubierto por sí mismo.

Aun así, Max hubiera preferido estar equivocado si eso significaba que su madre había regresado. El submarino de su madre, el *Delfín Saltarín*, no fue encontrado después de haberse dado por desaparecido. Max no tenía ni la más remota idea de lo que les había ocurrido a ella y a su hermano.

«No quiero perder también a mi padre», pensó.

Sintió un calambre en el estómago. Su padre, Callum North, Ingeniero Jefe de Defensa de Aquora, había sido secuestrado por un científico malvado, conocido por los merryn

como el Profesor. Personaje que podía controlar a las enormes criaturas del mar con una tecnología avanzada. Max no iba a dejar de surcar los océanos hasta encontrar a su padre.

El Profesor no era amigo de los merryn, en absoluto. Les había robado su tesoro más valioso, la calavera de Thallos, que les otorgaba el poder de controlar el mar. Hasta ahora, Max y Lia habían recuperado una parte de la calavera, pero faltaban tres por rescatar. Sin la calavera, los aquapoderes de los merryn se habían debilitado. No podían luchar contra las robobestias del Profesor, así que Max había aceptado ayudarlos.

Max apretó la mandíbula mientras miraba hacia atrás a la hermosa ciudad. «Me necesitan —se dijo—. Y yo no volveré hasta que la calavera de Thallos esté completa.»

Max levantó la mano hasta las cicatrices de su cuello. Todavía sentía raras las nuevas

branquias, pero respirar a través de ellas era tan natural como... bueno, como respirar. Su piel, que debería haberse arrugado como si hubiera estado demasiado tiempo tomando un baño, estaba suave como la seda. *Rivet* llegó a su lado. Los ojos rojos destellando.

—¡Una carrera, Max!

—Ah, ¿crees que puedes ganarme? ¿En serio? —respondió Max.

Rivet ladró y su cola se movió más deprisa, y a continuación se dirigió hacia un montón de algas altas ondulantes. Max aceleró a fondo y salió disparado detrás de él. Un banco de cangrejos se apartó de su camino mientras él esquivaba los tallos de las algas. Frente a él, un calamar desapareció de su vista volviéndose de color naranja por el enfado. Max estaba alcanzando a *Rivet* y aceleró a máxima velocidad.

—Casi te tengo... —murmuró.

Una figura apareció delante de él y lo hizo frenar bruscamente. Salió despedido por encima del manillar. ¿Iban las rocas dentadas a rasgar la carne de su espalda? Afortunadamente, rebotó sobre la suave arena, mareado y confundido. Se volvió y vio a Lia sentada sobre *Spike*, con los brazos en jarras.

—¡Por los siete mares, ¿qué crees que estás haciendo?! —le soltó.

Incluso bajo el agua, Max sintió que se sonrojaba.

—Solo estaba...

—¿Intimidando a criaturas inocentes? —lo interrumpió Lia.

—Perdona —se disculpó Max, avergonzado—. Todo es tan nuevo para mí.

La expresión de Lia se relajó.

—Esto no es un parque infantil para respiradores —dijo—. Necesitamos normas para tocar de pies en el suelo.

—Querrás decir de pies en el agua —bromeó Max.

A Lia no le hizo gracia el comentario.

—Número uno: respetar el océano. No causar daños y no molestar a las criaturas que aquí viven. Número dos: el océano puede ser precioso, pero también entraña muchos peligros, así que ve con cuidado con cada planta y criatura que tengas cerca, independientemente de lo inocentes que parezcan. Y número tres: nunca, nunca, vayas hacia las corrientes marinas.

—¿Qué son las corrientes marinas? —preguntó Max. Acababa de ver a *Rivet* escarbando con su hocico el fondo marino. «No vas a encontrar huesos ahí», pensó.

—Vosotros, los respiradores, no sabéis demasiadas cosas, ¿verdad? —dijo Lia—. Una corriente marina es una franja extremadamente rápida que fluye casi tocando el fon-

do, es prácticamente invisible, pero si te atrapa puede ser mortal. ¿Me estás escuchando?

La atención de Max regresó de inmediato.

—¿Qué decías? Ah, sí... Uno: respeto. Dos: peligros. Tres...: eh... ¿cuál era la tres?

—Corrientes marinas —dijo Lia.

—Lo he pillado —murmuró Max.

Rivet estaba sacando una brillante concha nacarada de la arena.

—Ahora tengo hambre —dijo Lia, cogió una mochila de malla y palpó en su interior.

Sacó una cosa verde en forma de disco, la partió en dos y le ofreció la mitad a Max.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Tortita de algas —respondió ella dando un mordisco—. ¡Deliciosa!

Max se llevó la tortita a los labios y le dio un pequeño bocado. Sabía a cartón salado.

—Mmm —fingió, pero el tono lo delató.

Lia se echó a reír.

—Te acostumbrarás. —Le dio un trozo de la tortita a *Spike*—. Y, ahora, ¿en qué dirección se supone que tenemos que ir?

Max llamó a *Rivet*.

—¡Aquí, chico!

Su perrobot dejó caer la concha y nadó hacia él. Max abrió el compartimento de almacenaje de su lomo y cogió la larga y blanca mandíbula de la calavera de Thallos.

La superficie brilló, casi translúcida.

Max la soltó, dejando que flotara en el agua. Rotó lentamente, como si estuviese guiada por corrientes invisibles, hasta que señaló hacia la izquierda.

—¡Ha funcionado! —exclamó—. Encontraremos la siguiente pieza, no te preocupes.

Se disponía a coger la mandíbula cuando... ¡zum!, un gran pez plateado apareció de la nada y le arrebató la pieza blanca. Salió como

una bala antes de que Max tuviera tiempo de reaccionar.

¡Acababan de robarles la mandíbula de Thallos!